



EL ECO DE CARTAGENA

NO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10347

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 30 DE ABRIL DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rus Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedero, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para pañales res, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correos, etcétera, etcétera.

Básculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE
12. CASTELLINI 12.

PLAGA SOBRE PLAGA.

Larga serie de calamidades allige desde hace mucho tiempo á nuestra pobre España. Unas á otras no se dan punto de reposo las malas nuevas; ya es furiosa inundación que en espacio de unas cuantas horas asola campos y destruye pueblos; ya es potente barco tragado con sus desventurados tripulantes por las olas del mar; ya una guerra feroz que nos desangra; ya un conflicto internacional que se nos avecina.

Como si tantos males no fueran suficientes para poner á prueba la entereza española, una nueva tribulación viene ahora á agobiar con nueva pesadumbre á nuestra patria.

La sequía, esterilizando las rudas faenas agrícolas, y destruyendo la hacienda del labrador, hace surgir en cercana perspectiva para millones de seres el fantasma aterrador de la miseria.

No está demás pensar un poco en los días tremendos que aguardan á nuestros campesinos si continúa la falta de agua y no se acude á paper á mal tan grave eficaz remedio. No estará demás tampoco fijar la atención en los peligros que para todas las clases sociales puede acarrear la miseria de los campos.

Desde luego el pobre labrador que no tiene más modo de vivir que arrancando a la tierra, a fuerza de trabajo, el pan que come, quedará arruinado, y cuando llegue con los primeros frios del otoño la época de echar el trigo al surco, aun no podrá salir de su inactividad porque no tendrá el elemento más preciso para verificar la siembra: la simiente.

¿Y qué será de los obreros? Donde emplearán sus actividades las numerosas cuadrillas de segadores que por este tiempo iban ya de provincia en provincia, con el alillo acuestas y la hoz a la espalda ofreciendo sus servicios a los cosecheros? Reducidos á quietud forzosa, sin pan para ellos ni sus familias, aumentarán de un modo fabuloso la mendicidad y demandarán a la caridad pública lo necesario para no morir de hambre.

Mucho puede esa hermosa virtud; pero será sin duda tan grande la demanda que no bastará la oferta para cubrirla. Además, aquellos que por su posición estarán en condiciones de alargar la generosa mano á los desvalidos, habrán sentido también los efectos de la sequía; pues la falta de cosecha traerá consigo la imposibilidad de pagar los rentos y esto ocasionará una disminución en las utilidades.

Si fuese una región la que se encontrara castigada por la plaga que se nos viene encima, aun el remedio á su daño sería relativamente fácil: todas las demás regiones españolas podrían acudir á ella con sus socorros y este movimiento de la caridad particular, unido al esfuerzo que hiciera la caridad oficial, salvaría la situación. Pero no es una región la lesionada sino todas las regiones españolas; es toda España la que ve acercarse el fantasma del hambre.

Gallegos y asturianos, andaluces y extremeños, valencianos y aragoneses, castellanos nuevos y viejos, todos á una claman al cielo

pidiendo los beneficios de la lluvia y esta no viene.

Al gobierno, á los municipios, á los particulares, á todos toca la obligación de remediar tamaño desastre; cada uno en la medida de sus fuerzas debe contribuir áminorar el daño. Vengan obras públicas que ocupen brazos inactivos; vengan reducciones de tarifas aduaneras que eviten la subida del pan; lo que falle por hacer lo hará la caridad española nunca sorda á la voz del que demanda sus consue-los.

Plagas sobre plagas caen sobre esta desgraciada nación y se multiplican. Sufrámostas con resignación, pero cumplamos con nuestro deber arrancándoles sus víctimas.

EL BATALLÓN DE ESPAÑA

Ayer volvimos á tener el gusto de ver maniobrar el batallón de España. Sabíamos que el jefe de la brigada lo iba á revistar en la plaza del Hospital y aprovechando la circunstancia de dar cima á nuestras diarias ocupaciones á hora hábil para ver la parada, allá nos fuimos, acariiciando en la mente un deseo: visitar el cuartel y cerciorarnos por nosotros mismos de que los soldados de España comen cosas distintas del obli-gado rancho de patatas y judías ó gar-bajos con patatas.

Cuando llegamos á la plaza bajaba por la rampa del cuartel el batallón; ora el mismo que excitó la atención pública el día 13, al atravesar la ciudad para ir al simuláero, en el cual demostró el alto grado de instrucción en que se encuentra.

Llegado á la plaza, en la cual se encontraban el jefe de la brigada señor Romero y el coronel señor Martí, formó en columna, procediendo el primero á pasarle minuciosa revista.

Después maniobró la fuerza con perfección suma á las órdenes del distinguido teniente coronel D. Julio Andren, hizo algunas evoluciones y volvió al cuartel para tomar el segundo rancho. Dispuestos á satisfacer nuestro deseo,

nos fuimos detrás del batallón y aprovechando el encuentro de un oficial amigo, hicimos llegar al coronel Don Luis Martí nuestra petición, que fué acogida favorablemente.

Era verdad: Lo que habíamos oído respecto al trato que el soldado de España recibe en el cuartel no es exagerado; al contrario, si de algo pecan los elogios que de ello se hacen es de no ser tan completos como debieran.

Los capitanes de dicho batallón, emulados por el digno coronel señor Martí, luchan á porfía por ver quien puede dar de comer mejor. Y hay que confesar que hacen milagros, porque no de otro modo se comprende que con el escaso haber del soldado se les diera ayer paella con alcachofas, pimientos, longaniza, carne, almejas y caracoles.

Estaba buena la paella. Se nos dió á probar y la encontramos tan excelente que la probamos de nuevo.

Terminada la comida de la tropa, nuestros amigos el comandante D. Rafael Martínez Illescas y los capitanes señores Estove, Villamiel y Barba nos en señaron el cuartel, en el cual todo está limpio y ordenado como si en ello se ocuparan manos femeninas.

Desde el cuarto de banderas hasta la sala de armas todo lo vimos. Las cocinas con sus ollas gigantes casapaces para mil doscientas raciones; la barbería con su decorado de espejos y lavabos; el comedor con sus largas mesas y su fuente central; los dormitorios con sus camas dobladas y alineadas; la sala de reconocimientos con su aspecto de botica y sus camillas de campaña; el almacén con sus altas pilas de vestuario por un lado y sus existencias de municiones por otro; la sala de armas con sus manoplas, sus caratas y sus elegantes panoplias en las cuales se ven, entre otras armas, el campilan y el bolo de Filipinas; la sala de aseo con sus aparatos para duchas; la caballeriza, el jardín todo lo vimos. Ni el calabozo se escapó á nuestra curiosidad; y hay que decir en honor de la disciplina que reina en el batallón de España que estaba vacío.

Satisfecho nuestro deseo, nos despedimos de nuestros amables acompañantes. Y al bajar por la rampa del cuartel para engolfarnos en las calles de la ciudad, pensando en el edificio que dejábamos á la espalda, en el cual se descubrió á primera vista una dirección intelligen-

te estimulada por el cariño hacia el soldado, no pudimos por menos de exclamar:

—Bien hacen los que rodean de comodidades á los seres que tienen jurada la promesa de sacrificar sus vidas por la patria.

TIJERETAZOS

Leemos: «El cabecilla apodado el «Inglesito», que ha sido embarcado para Tampa, no es, según telegramas particulares, el que ha adquirido tan notoria celebridad en esta insurrección.»

Es decir, ese cabecilla pertenece á la familia de los otros López.

A la que tiene libertad para esgrimir el machete en la manigua y goza del privilegio de eludir el castigo.

Por supuesto, si el «Inglesito» que ha adquirido notoria celebridad llega á ser habido y es americano, ya verán ustedes como el notoriamente célebre es el embarcado para Tampa.

En Nueva York ha corrido la bola de que Maceo había pasado la trocha de Matiel.

Estos filibusteros son de oro. Cuando no pueden engañar á nadie se engañan á sí mismos.

Por fortuna el cabecilla mulato permanece en la ratonera y le va el gato á los alcances.

¡Y ay de él como le eche encima el abanico!

En una fiesta política celebrada en la Coruña, ha dicho un orador que el ministro de Fomento tiene la sombra del Manzanillo.

¡Y ha estado el ministro á bañarse en Archenal!

¡Pobre balneario!
Si tiene sombra tan mala, ese señor de ministro, va á secarse el manantial y á arruinarse el edificio.

Un conde, que quería salir senador por la provincia de Cuenca y no ha salido, telegrafía á un periódico de Madrid doliéndose de su suerte y lamentando una paliza que le dieron al presi-

ERNESTO MARALTVERS

369

372 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA



CAPITULO V.

El meliflúo médico había hecho su visita nocturna; lord Saxingham había ido á una comida ministerial, porque la vida marcha siempre al lado de la muerte; lady Florencia Lascolles estaba sola. Sola en una habitación contigua á su dormitorio, donde la brillante heredera; en sus días de gloria, se había complacido en desplegar su gusto fantástico, su imaginación fecunda y graciosa. Allí se había deslumbrado por primera vez con la nueva claridad de los pensamientos

nobles y originales de Ernesto; allí concibió la novelesca muchachada de entrar en correspondencia epistolar con él sin darse á conocer; allí se había confesado á sí misma que su fantasía había degenerado en amor, allí había recorrido todas las fases rápidas de este sentimiento, la duda, la esperanza, el éxtasis, el temor, el espanto, el desaliento inerte, la desesperación agonizante... y allí esperaba paciente y tristemente, la marcha gradual de una decadencia inevitable; y los libros, los instrumentos de música, los bustos á medio cubrir con los cortinajes clásicos, todo aquel lujo de una elegancia refinada y enteramente femenina, conservaba su risueño brillo, como si la juventud y la hermosura debieran habitar siempre en aquel recinto, como si la tumba negra y silenciosa no fuera la morada más darable de las criaturas de carne.

Florencia Fascelles estaba moribunda; más no por esa única enfermedad tan común y tan misteriosa, el corazón destrozado. Su salud siempre delicada, en razón de que un espíritu inquieto, irritable, la había fatigado siempre; su salud, repito, estaba mirada sordamente, antes que Ernesto la hubiera declarado su amor. En el lustre singular de las hermesas pupilas de sus ojos, en la transparencia de aquella tez deslumbradora, hacía ya algún tiempo que un ojo experimentado podría descubrir los gérmenes de destrucción. Aquella misma noche en que su corazón

ya. Signió un silencio que le pareció interminable, y desvió la cabeza dando un profundo suspiro, con un abatimiento de corazón insoportable.

En ese instante entró una de sus doncellas con aire solícito, y reprimiendo su alegría, disculpadme, milady, pero ea...

—¿Es qué?
—El señor Maltravers desea ver á milady; Barton me envía á llamar y yo he dicho: *Milady se halla muy penosa para recibir á nadie.* Pero el señor Maltravers ha insistido en que yo viniera y ha insistido en que yo viniera á manifestar su solitud, y espera en la biblioteca vuestra respuesta.

Las palabras de mistress Slimfield produjeron en Florencia el efecto de la mas armoniosa elocuencia. La juventud, la hermosura, el amor reaparecieron en ella, brillaron en sus ojos, en sus mejillas, y ocultaron el desfallecimiento bajo su luz engañosa.

—Bien, dijo ella un minuto despues rogad al señor Maltravers que suba,

—Dios mío!... no tan pronto; milady, permitid que os arregle el cabello... milady está en un *negligé* tan...

—Buena está, Slimfield; id, él lo dispensará todo. Mistress Slimfield se encogió de hombros y salió... Algunos segundos despues se oyeron pasos en la escalera, se abrió la puerta, Florencia y Ernesto volvieron á verse juntos, á solas. El se quedó inmóvil sobre